

COLGADA DESTA ESPETERA

El vagamundo deambula por la entrañable ciudad amurallada, a cuya orilla se descorre la cremallera del río con raudó ruido de espumas y guijos. Se ha sentado en un banco de piedra, ha mirado las nubes que bogan sobre las acacias de fina sombra. De un tirón, desprende un papel de la espiral, y entreabre la pluma.

Es una pluma pelma que trajo de Shangai y lleva siempre consigo. La sostiene apenas sobre el papel, acaso absorto, tal vez distraidamente pensativo. (Zurea una paloma, cruza una golondrina.) El vagamundo contempla las pálidas murallas, escucha el fluír del río próximo (un verso de Quevedo acude a la memoria). Un labriego asciende por la calzada, seguido de un lebrél velazqueño. Otras palabras se desenredan bajo el redil de las nubes: ...solos los dos somos para en uno ..., pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias..., que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando...

El vagamundo recoge la pluma y, olvidado el cuaderno, desciende pausadamente acercándose al río que escribe y borra débiles palabras indelebles...

